



SALMOS 141-142, ORACIÓN E INSTRUCCIÓN

INTRODUCCIÓN

Como antes hemos anotado, la fe madura no está exenta de dificultades, y el proceso de santificación continúa. Estos salmos de David, ubicados en la última parte del último libro del salterio así nos lo recuerdan. Las generaciones posteriores a David deben recordar esto y tomar ánimo en Dios, la generación que regresó del exilio, la generación en los tiempos de la encarnación de Cristo, la iglesia a lo largo de la historia, nosotros hoy. Hoy nos corresponde meditar en dos salmos de oración e instrucción, muy similares a otros salmos de David que ya hemos considerado, pero que nos hablan de la necesidad de orar insistentemente, de mantener la confianza en Dios, de aprender su instrucción.

La característica del pueblo fiel, de todo creyente fiel, es precisamente su perseverancia en la oración, cosa que no siempre es fácil de hacer, pero es el medio de gracia que Dios ha establecido para fortalecer nuestra confianza y comunión con él. Quiera el Señor hoy fortalecernos para perseverar en este santo deber y privilegio, quiera Dios ayudarnos a considerar adecuadamente esta oración e instrucción.

I. ORACIÓN CONSTANTE

Esto es lo primero. Tanto el salmo 141 como el 142, y los que ya hemos visto, nos presentan la idea de una oración constante a Dios, no un clamor esporádico solamente en tiempos de angustia. Si bien muchas oraciones expresan angustia, hay otras que solo reflejan alabanza y agradecimiento como veremos por ejemplo a partir del salmo 145 hasta el final. Por ahora, en el salmo 141, se nos presenta la idea de una oración constante a Dios, en medio de una situación muy angustiada, de peligro inminente, de trampas por doquier, de escasa o nula ayuda de parte de los que en alguna medida pudieran hacer algo por el salmista. En medio de todo esto la actitud del hombre de Dios, es oración constante.

A. Como ofrenda y sacrificio aceptable

Los versos 1-2 (Salmo 142), expresan: “Que mi oración diaria te sea aceptable como lo son los sacrificios diarios que tú mismo designas”. El incienso que ascendía en una nube fragante era símbolo de la oración aceptable. Y la elevación de las manos era símbolo de la elevación del corazón. David ofreció su corazón a Dios en oración. Y pide que su oración sea aceptada por el Dios que oye la oración, así lo enseñaban los sacrificios y ofrendas que debían presentarse de continuo ante el Señor. Luego de aquí se desprende la actitud reverencial y agradecida con la cual el adorador se acerca a Dios, y cómo el peticionario que entra en la audiencia real, ante el gran rey y gobernador universal.

Por cierto, ¿Cómo venimos a Dios en oración?, ¿es nuestro deseo serle agradable, y que nuestra oración le sea agradable?, ¿lo hacemos por los méritos y conforme a la enseñanza de Cristo?, ¿lo hacemos no solo una vez como el sacrificio diario vespertino, sino usando el privilegio del libre acceso que Cristo nos ha dado a la presencia del Padre celestial?, ¿cuáles son nuestros motivos?. David presentaba su oración constante a Dios, pidiendo que la misma fuera agradable, acepta delante de Dios, pero también,

B. Pidiendo prudencia y santificación

Leamos versos 3-4. En estas circunstancias tan difíciles, se le ocurrió, o tal vez se le sugirió, decir o hacer algo que, sin ser honorable ni correcto en sí mismo, podría haberle brindado alivio, o que podría haberlo rescatado del peligro y haberle asegurado el favor de sus enemigos. Algún truco, algún plan astuto, alguna concesión de principios, que lo habría librado del peligro y le habría asegurado una posición de seguridad, abundancia y honor. Por eso ora pidiendo que Dios guarde sus labios de hablar mal y guarde su corazón de rendirse a la maldad, que le impida inclinarse ante al consejo perverso que estaba recibiendo.

¡Cuán apropiado es orar de esta manera hermanos míos!, cuando el mundo, el mismo diablo, e incluso nuestro corazón engañoso nos aconseja hacer lo malo disfrazado de buenas intenciones, cuando el desespero de la aflicción nos arrastra a

buscar una solución rápida que tienda a quitarnos o aliviarnos el dolor, pero que en realidad nos lleva por un camino contrario al establecido explícitamente por Dios en su Palabra. ¡Cuán apropiado es pedir a Dios prudencia!, sabiduría práctica para afrontar los retos de nuestra vida diaria, para crecer en nuestro proceso de santificación. Sabiduría para hablar adecuadamente, no de manera hipócrita o fingida, sino buscando honrar a Dios y edificar a los que nos oyen (Ef. 4:29). Pidiendo encontrar delite en Dios, antes que las obras de maldad, creyendo a la Palabra de Dios antes que al mundo. David oraba de esta manera, e incluso estaba

C. Dispuesto a ser corregido en medio de la aflicción

Leamos el verso 5-7. Inicia esta estrofa diciendo que, aunque la corrección del sabio pudiera ser como golpes en medio de su angustia, sabía que tal consejo o reproche sería con bondad, con la mejor intención; aunque lo reprendieran, sería como un suave bálsamo: no le quebraría la cabeza ni lo aplastaría.

Muchas veces en medio de la aflicción, lo menos que queremos es que nos digan que confiemos en Dios y nos mantengamos fieles en la oración, que no demos cabida al maligno siguiendo sugerencias malvadas, y menos que nos reprochen nuestras malas intenciones, deseos o creencias equivocadas. A veces queremos que simplemente nos oigan y se pongan de nuestro lado y afirmen nuestras intenciones o decisiones que sabemos son pecaminosas.

Es allí donde el proceso de santificación debe darse mis hermanos, es allí donde debemos luchar como lo hizo David, perseverando en oración para poder ver con claridad el camino a seguir, para estar dispuestos a corregir nuestro pensamiento, nuestro andar, incluso en medio de la aflicción. En el entre tanto, la defensa es mantenerse en oración, con la expectativa en que el Dios justo se interpondrá a favor del justo, derrotando a sus enemigos, y con la plena certeza que sus sufrimientos finalmente terminarán en triunfo, aunque al momento la angustia sea comparable al peligro de muerte o a la devastación de un cementerio, o como Ezequiel vio en su momento un valle de huesos secos (Ez. 37:11), entendiendo que en todo esto, Dios conduce nuestras almas hacia él, por medio de ejercitarnos en la fe y dependencia

exclusiva de Dios (1 Pedro 1:7), y para prepararnos para una mayor utilidad, y para nuestro destino de felicidad eterna.

II. ORACIÓN AL DIOS ETERNO

En segundo lugar, la oración constante e instrucción se fija en el Dios eterno. El salmo 141 termina similar a como inicia el 142, con la idea o disposición de seguir orando a Dios, de seguir presentando su súplica como antes al Señor, el Dios eterno, el Dios del pacto, en quien está su sola confianza, así que se nos presenta una oración al Señor,

A. Por su interposición y justicia

Leamos 141:8-10. La confianza en la misericordia de Dios le lleva a orar de esta manera. Hermanos, Dios es justo, y ante las injusticias que pudiéramos llegar a sufrir por causa de someternos a la voluntad de Divina, a su tiempo el Señor castigará tales injusticias, manteniéndonos a salvo. Y esta idea se une al comienzo del salmo 142, himno didáctico, que nos recuerda la época de duro sufrimiento de David a causa de una persecución injusta, seguramente en los tiempos de Saúl.

Una situación en la que no había refugio, ni esperanza, salvo en Dios, en su amable interposición y justicia. Por eso, el salmista expresa tanto al final del salmo 141 como al inicio del salmo 142, la confianza en su acceso a Dios, ver Sal. 142:1-2. Palabras muy similares a las que encontramos en Salmos 3:4 y 30:8. Por cierto, el lenguaje usado por el salmista es el de petición y súplica, no el de una reclamación, así debemos entender la palabra traducida como “queja”. David ora a Dios,

B. Por su conocimiento de todas las cosas

Leamos ahora 142:3-4. Por nosotros mismos somos incapaces de enfrentar con éxito a los enemigos de nuestra vida e intereses espirituales. Nuestros adversarios son demasiado sutiles y fuertes para nuestros esfuerzos propios; pero, como David, podemos buscar ayuda de lo alto. Al parecer, en esos momentos David carecía de vigor, vida y ánimo. No veía cómo escapar de sus problemas, ni tenía ánimo para esforzarse. ¿Le suena familiar esto?, ¿tal vez ha vivido alguna situación similar de sentirse desfallecer?, ¿de pensar que no hay esperanza? Pero en medio de todo esto

el salmista sabe algo muy bien, Dios conoce todas las cosas, y por eso ora. David mismo expresó esta verdad al hablar de la omnisciencia y omnipresencia de Dios en el salmo 139, ver 139:16.

Por eso oramos también nosotros hermanos, porque Dios conoce todas las cosas, conoce nuestras intenciones, y conoce nuestra situación, incluso mejor que nosotros mismos. El Dios eterno sigue estando al control de todo, y no hay nada que escape de su todo conocimiento ni de su todo poder. David elevó su oración al Dios eterno,

C. Por su poder para oír y librar

David dice de Dios: *“Tú eres mi refugio. Mi único refugio, En ti confío”*. En su angustia, David anticipa una liberación completa y gozosa, una liberación que despertará en su corazón una alabanza gozosa y agradecida, y que producirá la felicitación de todos los piadosos, leamos versos 5-7. Por eso insiste en orar: *“Sácame de mi condición actual, que es como una prisión. Estoy como encerrado; rodeado de enemigos; no sé cómo escapar. Que esto sea para alabar tu nombre, para que así seas honrado”*.

Notamos en esto un objetivo mucho más importante que nuestro propio bienestar, incluso que nuestra salvación, ¡que Dios sea honrado!. Y honrado por todos los llamados de su nombre, que han sido declarados justos, que siguen su justicia, aquellos de los cuales es un honor estar rodeados, en oración y celebración de las alegrías y triunfos que da el Señor. Estar rodeados de los redimidos de Dios ahora y por la eternidad. Con esto en mente, el salmista ora, y ora al que tiene todo poder para oír la oración, y para librar al afligido.

CONCLUSIÓN

Amados hermanos, definitivamente podemos encontrar en estos salmos oración constante e instrucción. Oración que es agradable a Dios como los antiguos sacrificios que hacían referencia a tal oración dependiente de Dios. Recordemos que ahora nosotros, por medio del sacrificio de Cristo, podemos elevar nuestras oraciones en su nombre, y por sus méritos, tales oraciones son agradables a Dios. Como el salmista debemos hacer oración pidiendo prudencia y santificación, estando dispuestos a ser corregidos en la aflicción, entendiendo que en todo momento Dios

sigue obrando nuestra santificación, aunque en ocasiones pueda ser un proceso doloroso. Pero oración confiada, dirigida al Dios eterno, que se interpone a favor de los suyos para hacerles justicia, para defenderlos, pues conoce todas las cosas y es todo poderoso para oír y librar a los suyos. Que Dios nos ayude a perseverar pues en esta oración constante e instrucción. Oremos.